

ROSAS PARA EL MAESTRO

GERMAN DEHESA

*Magisterio purpúreo a la belleza;
enseñanza nevada a la hermosura
S. J. Inés de la Cruz*

La Rosa de los Vientos

De todos los nombres que la brújula ha recibido, ninguno tan ensoñado y poético como éste: Rosa de los Vientos. Al atardecer, casi se puede ver por cortesía del cielo. Tal parecería que en esa trama de azules, de lavandas, de rojos desleídos y de encendidos naranjas se pudieran discernir los aéreos pétalos que apuntan hacia todas las direcciones del universo. Desde pequeño así he creído verlo y desde entonces obedezco, como lo hizo mi padre, la secreta invitación al viaje que toda brújula propone. Mi padre, por ejemplo, escuchó alguna vez la magisterial voz de José Vasconcelos y se incorporó a uno de los más grandes esfuerzos educativos que ha habido en México: las misiones culturales. Fue eso lo que lo quitó de la ciudad de México y lo llevó a recorrer su país. En Baja California vino a encontrarse con la que habría de ser mi madre. Así pues, yo no existiría sin la Rosa de los Vientos y sin el ímpetu magisterial. Lo que estoy tratando de documentar es, por una parte, mi pasión por la enseñanza que ejerzo ya desde hace treinta años y mi natural errabundo que me ha traído y llevado por todos los rincones, esquinas, altitudes y latitudes de mi patria. Con estos dos ingredientes —mi oficio de maestro y mi beneficio de vagabundo— quiero tramar esta múltiple rosa para los maestros mexicanos.

La Rosa del Sur

Son historias que ya ha contado José Revueltas ("Dios en la tierra"). Tratan de lo maravillosa, de lo desolada, de lo enternecida, de lo terrible que puede ser la tarea de un maestro mexicano. Tú y yo sabemos de ellos; quizá los hemos visto. Son nuestros maestros rurales, encendidos santos laicos que sin coartada teológica se van tierra adentro con sus libros bajo el brazo. Nada es fácil para ellos. En cualquier otra tarea ganarían mejor; en cualquier otro oficio tendrían un futuro más desahogado. Algún secreto amor los habita, pues sobre su propio futuro, escogen provocar el buen futuro de los otros. Jamás trabajan en condiciones ideales; no tienen ni el material, ni el apoyo, ni el sosiego que necesitarían. Ahí están (yo los he visto) dando clases bajo un árbol, o en un terreno baldío, o en algún claro de la selva y a veces (también lo he visto) en una modesta aula. Son nuestros maestros rurales. Hace algunos meses estuve en Chiapas y me acerqué al dilapidado pueblo de Ocosingo. Un hombre humilde y maduro estaba a la puerta de la escuela abandonada. Era como un ave sin alas. Me miraba sin mirarme y luego se asomaba a ver ese pizarrón descabalado, las tristes bancas y el aire ausente de niños y todavía oloroso a humo. En los ojos de ese hombre se podía leer el desánimo y el desencanto de toda una comunidad que no halla su camino. Niños del sur que para ir a la escuela tienen que contrariar a su familia,

a sus ancestros, a sus caciques y, muchas veces, a sus pastores religiosos. Es la inercia de muchos siglos; pero es también toda una conspiración del sistema que prefiere a un pueblo ignorante, analfabeta, desinformado, intelectualmente desarmado. Este es el terreno propicio para la manipulación, para la enajenación, para el embrutecimiento, para la perpetuación del autoritarismo. Así de fácil y así de tremendo. ¿Cuándo vamos a aprender que necesitamos aprender? Comenzaba el siglo XIX y Lizardi advertía que la verdadera independencia nos la traería la educación. Termina el siglo XX y la lección del autor del "Periquillo...." todavía, en mucho, está por ser escuchada. No es casual que en mitad de la sórdida ignorancia haya brotado la guerra. Más allá (o más acá) de cualquier sesuda interpretación política, están el hambre y la enfermedad que atacan por igual al cuerpo y al espíritu. En ambos casos el remedio clave tiene el mismo nombre: educación y educación adecuada; vale decir: dotar a los mexicanos de cada comunidad, de cada etnia del repertorio de información y conocimientos que les permitan establecer una relación armónica con ellos mismos, con su entorno social y con su geografía. Esa escuela de Ocosingo tiene que poblarse de niños como, al atardecer, los árboles se pueblan de pájaros.

La Rosa del Centro

Es la que naturalmente me corresponde. Me tocó nacer en el centro de una nación absurda, ridícula y ferozmente centralista. Este es otro de nuestros males; porque, además, ni siquiera es un centralismo declarado, sino un falso federalismo inventado desde un centro que se reserva el derecho de inventarlo todo. Tal parecería que para que una cosa ocurra en este país, todo tiene que ocurrir en el centro. Fuera del centro (paráfrasis tardía de la Güera Rodríguez) no ocurre nada y lo que ocurra será un error. No sé si compartas mi opinión, lector querido, pero esto es una terrible falta de educación y una carga de tal modo gravosa que tiene convertido a este país en un ente deforme con una desmedida cabeza incapaz ya de razonar y con un cuerpo raquítrico al punto de la inexistencia. Poco a poco esta situación parece subsanarse; pero esto no se está dando ni a la velocidad debida, ni en todos los rubros de la actividad nacional. Yo soy maestro de la Universidad Nacional Autónoma de México y he podido atestiguar el gradual deterioro de mi casa académica. Tiene razón Guillermo Sheridan cuando dice que en México basta con ponerle a cualquier empresa el adjetivo de "nacional" (esto incluye a la selección de fútbol y a la Universidad) para garantizar su frustración. A mí me ha tocado tener alumnos de Tabasco, de Colima, de Sonora, de Tlaxcala y aún algunos del Distrito Federal. Resultado: una educación incompleta, incorrecta, ausente de compromiso y con muy graves carencias. Del mismo modo, me ha tocado ver a los maestros (de educación primaria, media o superior) cumpliendo a medias su tarea y completando su salario con los oficios más inverosímiles (chóferes de microbús, torteros, dependientes de alguna tienda departamental o despachadores de gasolina). Todo esto va contra México. Los maestros no ganan bien, pero tampoco enseñan bien. Falta muchísima capacitación y, llegado el momento, faltan también los alumnos. Nuestros niveles de deserción son altísimos. Aquí podríamos asomarnos a las aterradoras estadísticas. Prefiero darles un dato más concreto e inmediato: del numeroso grupo que iniciamos la carrera de letras en la UNAM sólo cinco nos hemos recibido y sólo tres nos dedicamos a algo vinculado con nuestra carrera. Si esta Rosa del Centro no permite que sus pétalos declaren su independencia y vuelen rumbo a todas las direcciones del país; si seguimos fomentando la idea de que sólo en la capital se adquiere

una educación aceptable, estaremos contribuyendo a cegar nuestros cauces rumbo al futuro y estaremos derogando el proyecto de vida de muchísimos maestros y de incontables alumnos.

La Rosa del Norte

Cuanto has leído, lector amigo, es el resultado de desmenuzar pétalo por pétalo un súbito ataque de ideas (aunque tú no lo creas, esto me ocurre de vez en cuando) que se agolparon en mi mente durante un viaje que hice a Monterrey hace algunos meses. Siempre me es grato ir a Monterrey, aunque sea —como en este caso— un viaje de trabajo. Fui invitado por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. La diferencia con el centro y ya no digamos con el sur es abismal. Y que conste que no estoy hablando únicamente de tecnología. Esencialmente estoy hablando de una actitud. Los mexicanos (y bien mexicanos que son) del norte han entendido que sólo la información amplia, veloz, eficiente permitirá a las comunidades un tránsito terso al siglo XXI. Alguna vez fueron las armas el instrumento para prevalecer; lo fueron también el dinero y las ideologías; todo indica que ahora será la información la gran herramienta del hombre. Todo esto pensaba yo mientras los pérfidos regios me entorilaban en algo que muy castizamente llaman think tank o alberca de neuronas. Éramos como cuarenta pelados cada uno con su computadora delante y tratando de pensar a todo lo que dábamos (que en mi caso no era mucho porque estaba muy desmañado y porque con la computadora soy una magnífica bestia). Nuestro diálogo electrónico lo motivaba la poca eficiencia —detectada estadísticamente— de la carrera de "Comunicación" tal como se imparte en los diversos campus del ITESM. Los cuarenta ahí reunidos proveníamos de todas las regiones, de todos los estratos y de todas las formaciones del país. Nuestro objetivo común era proporcionar ideas, sugerencias, líneas de acción que ayudaran a la elaboración de un nuevo plan de estudios. En aquella purificada atmósfera cibernética y sin negar el asombro y la palmaria utilidad de la modernísima tecnología que se puso a nuestro servicio, yo pensaba (y sigo pensando) que por muy grande que sea el refinamiento de nuestras máquinas, la pieza central tiene que ser el hombre; en este caso: el maestro. Por esto me animé a enfrentarme al teclado y escribir algo que iba más o menos así: En la carrera de comunicación (pero en cualquier carrera) el comunicador por excelencia tiene que ser el maestro. A él le toca transmitir un conocimiento, o por lo menos, enseñarle al alumno el deleite de una biblioteca, o el feliz acceso a un banco de datos. En esta cápsula espacial y temporal que viaja por el río del tiempo rumbo al siglo XXI, el maestro es timonel, ingeniero de máquinas, dueño de la brújula, vigía y remero voluntario. En su trabajo que es — como el del médico o el del marino— más una pasión que un oficio, se deposita la esperanza de que los valores de nuestra civilización (los derechos individuales, la ardua democracia, el trabajo que para serlo tiene que ser gustoso y atender al bien propio y al bien común, la tolerancia, la distancia crítica, el amor por la belleza, la empecinada voluntad de saber más y de atisbar la verdad, el gozo del conocimiento y la conciencia de que es el amor y sólo el amor el que mueve el sol y las estrellas; que no es lo mismo ser cobarde que valiente; que las tareas del hombre merecen ser hechas y hechas bien y a conciencia; que la felicidad es posible; que ya se acerca la hora de la decencia y que la primera tarea ecológica será limpiar nuestra conciencia para que los ríos y los cielos recuperen su transparencia y nitidez. Todo esto más el misterio); los valores de nuestra civilización, decía, lleguen a buen puerto y para

que en el tercer milenio el mundo recupere su encanto. Nada de esto puede ser hecho por una máquina. Estas son tareas para el maestro. De Paracelso era fama que podía calcinar una rosa, reducirla a cenizas y pronunciar sobre estos frágiles restos algunas palabras cabalísticas que obraban el prodigio de devolverle a la rosa su lozanía y fragancia originales. Paracelso era un maestro. Aquí en México en la orilla última del siglo XX, nos toca a los maestros tomar en el cuenco de nuestras manos las mustias, las lastimadas rosas del Sur, del Centro y del Norte; hablar con pasión y verdad y, en abierta complicidad con nuestros alumnos, restaurar la rosa de los buenos vientos mexicanos.

Una primera versión de estas magisteriales flores fue redactada, hace algún tiempo, para ser leída por los maestros. Hoy, 15 de mayo de 1996, frente al angustioso espectáculo de los maestros que ganan poco, pero enseñan menos (con las honrosísimas excepciones del caso) he querido recuperar estas rosas atrapadas en las hojas de algún libro y ofrecerlas a todos los lectores. Los maestros justamente demandan aumento de salario. La sociedad justamente demanda una revolución educativa que, por fuerza, pasa por los maestros, pero que incluye a toda la sociedad. "No me desalienta tanto el bajo salario, como el bajo rendimiento de mis alumnos", me decía un excelente maestro universitario con el que hablé hace un rato. Así están las cosas. Permítanme que insista: sin buena educación (buenos maestros y buenos alumnos) México no florecerá